

la Capitanía de San Vicente, donde tomaron quinientos quintales de arroz y otras cosas necesarias para el camino, y a las nueve semanas, por Enero de 1587, se acercaron a la boca del gran río de la Plata.

Aquí empezaron sus desventuras. El día 20 de Enero, al rayar el alba, tropezaron con tres navíos corsarios ingleses mandados por el capitán Roberto. Estos tres navíos acometieron a los dos que venían del Brasil, y sin ninguna dificultad, pues éstos apenas tenían gente de guerra para la defensa, los tomaron y saquearon. No se puede escribir sin lágrimas, dice la relación, los denuestos que padecieron los Padres de la Compañía y los oprobios que hicieron aquellos herejes contra la religión católica. Tomaron algunas sagradas reliquias que llevaban los misioneros y las arrojaron al mar. Lo mismo hicieron con los *Agnus Dei* y con todas las imágenes y estampas que poseían los Padres. Finalmente, dieron con un barril cargado de pequeñas imágenes de estaño muy sencillas y pobres que llevaban en grandísima cantidad para repartir entre los pobres indios. Apoderándose de ellas los herejes las fundieron para hacer balas de arcabuz. Continuaron navegando, y llevaron en pos de sí a los dos navíos, en cada uno de los cuales habían puesto veinte ingleses armados para la guardia de ellos. A los veintiocho días de navegación, cuando estaban en los cuarenta y un grados y medio de latitud austral, resolvieron los herejes abandonar a los pobres náufragos y continuar su viaje hasta el estrecho de Magallanes, llevando consigo todo lo robado. Lleváronse, dice la relación, como si fueran oro y piedras preciosas, todas las calderas, aceros, campanas y hierro y hasta las rejas y azadas que traían los españoles para la ciudad de Buenos Aires. Dejaron para los dos navíos y ciento veinte personas sólo un poco de lastre, una poca de harina y cinco pipas de agua.

En el navío pequeño quedaba Diego de Palma, y en el *San Antonio* el Sr. Francisco Salcedo con los Padres de la Compañía. Quiso Dios que no pudiesen en el mar. Agitados por las olas y dirigiendo el rumbo como a tientas, la Divina Providencia les hizo llegar a Buenos Aires diez y ocho días después. Entraron, dice la relación, por la boca del río de la Plata y llegaron a Buenos Aires todos desnudos, así los Padres como los demás, sin tener más que la camisa rota sobre sus cuerpos. Fueron recibidos en la ciudad con muchas lágrimas de compasión y socorridos caritativamente, primero por el Obispo del Paraguay, que se hallaba entonces allí, y después por las otras personas piadosas que ya tenían noticia de la venida de los misioneros y esperaban detenerlos allí algún tiempo. Ellos, sin em-

bargo, siguiendo las órdenes que habían recibido de su Provincial, se apresuraron a salir de Buenos Aires para reunirse en Córdoba con los misioneros enviados desde el Perú.

Cuando hubieron descansado algunos días de las fatigas del viaje, discutieron todos los Padres reunidos sobre un punto que espontáneamente se ofrecía a su consideración. ¿A cuál de las dos provincias, del Perú o del Brasil, debía pertenecer aquella misión empezada en Tucumán? Como el país estaba ocupado por los españoles y habían penetrado primero los dos Padres españoles mandados por el P. Atienza, pareció natural que aquella misión dependiese de la provincia del Perú, tanto más cuanto que era voluntad de Felipe II, que no se mezclasen las misiones y empresas de los españoles con las de los portugueses, aunque por entonces estuvieran reunidas ambas coronas. El P. Aquaviva, que ya había sido consultado desde América, resolvió en el mismo sentido la dificultad, aunque por entonces no habían recibido todavía la resolución los Padres del Tucumán. Escribiendo al Provincial del Perú, el 24 de Enero de 1587, le dice: «Con ésta se le envía información de los cuatro: dos Padres y dos Hermanos que el Visitador del Brasil envió en misión a la provincia de Tucumán por la grande instancia que el Obispo de allá le hizo con gasto y navío propio que le envió, los cuales mientras allí estuvieren estarán a cargo de V. R. y del Superior que pusiere en aquella misión, la cual toca a esa provincia y no a la del Brasil. Y si los que allí fueron del Brasil tienen orden de volverse, lo hagan, y si no, estén allí hasta que la tengan» (1). Sin haber recibido todavía esta orden, resolvieron los Padres, en Abril del mismo año, dos cosas: primera, el P. Arminio y el P. Grao determinaron volverse al Brasil, y los otros tres, Saloni, Ortega y Filds resolvieron perseverar en el Tucumán, trabajando en aquella viña tan desamparada. Tomada esta resolución y observando el P. Angulo que los recién llegados sabían bastante la lengua guaraní, les propuso que entrasen en la gobernación del Paraguay, donde podrían entenderse desde luego con los indios. Aceptaron ellos de buen grado la propuesta y se encaminaron los tres a la Asunción.

4. Llegaron a esta ciudad en Agosto de 1587, y no pudo recibirlos, como mucho lo había deseado, el Sr. Obispo D. Fray Alonso Gue-

(1) *Peruana. Epist. Gen.*, I. A Atienza, 24 Enero 1587. Aunque el P. General hubiera enviado directamente al Tucumán copia de esta orden, no era posible que llegase para el mes de Abril en que se reunieron los misioneros en Córdoba.

rra, de la Orden de Predicadores, porque había debido abandonar su diócesis y encaminarse al Perú por cierto negocio enojoso, y ya nunca volvió al Paraguay. Entre tanto había dejado por Gobernador eclesiástico a un religioso grave de su misma Orden de Santo Domingo, el cual se mostró sumamente obsequioso y caritativo con los tres misioneros jesuítas. El mismo recomendó al pueblo de la Asunción a los recién llegados; ponderó la necesidad que tenía aquel país de operarios evangélicos; ensalzó el instituto apostólico de la Compañía de Jesús y exhortó a todos a aprovecharse de aquel beneficio que Dios les concedía. Correspondiendo a esta caridad y al deseo, así de los españoles como de los indios, dedicáronse fervorosamente los tres Padres al cultivo espiritual de aquellas almas. Ante todo, predicaron a los españoles, enseñaron el Catecismo a sus niños y ordenaron devotas procesiones y funciones, como solían hacerlo en todas partes. Volviéronse después a los indios y con celo incansable procuraron enseñarles la doctrina cristiana, instruir a los rudos en los elementos de la fe y santificar sus almas por medio de la penitencia, pues todos o casi todos ellos estaban en la Asunción ya bautizados (1). Al cabo de algunos meses juzgaron los Padres que convenía hacer salidas desde la capital a los pueblos de la comarca. Quedóse en la Asunción el P. Juan Saloni ocupando una casa que le ofrecieron los ciudadanos, y que, andando el tiempo, había de convertirse en colegio, y los PP. Ortega y Filds lanzáronse a misionar por los campos.

Bueno será advertir que por este tiempo ninguno de los misioneros había soñado en fundar colegio en aquellas regiones de Tucumán y Paraguay, aunque muy pronto empezaron a solicitar algunos españoles de Santiago del Estero que abriesen los jesuítas escuelas para la niñez. Siendo tan pocos los operarios, imposible parecía detener algunos de ellos encerrados en los trabajos de las aulas. Por otra parte, el P. Aquaviva, informado de la disposición que ofrecían aquellos países, dirigió al P. Atienza, Provincial del Perú, este aviso, en Noviembre de 1588: «Las misiones de Tucumán se pueden continuar, pero no haciendo residencia, sino sustentándose de limosnas los que pudieren, sin aceptar renta ninguna, que será obligarnos a tener un colegio. El tiempo dirá lo que después convenga hacer, y V. R. me

(1) Estos pormenores de la entrada primera de los Nuestros en la Asunción los tomamos del P. Lozano, que los refiere sacándolos de las *Anuas del Perú*, 1587. No hemos podido descubrir el original español de estas anuas.

irá siempre avisando» (1). Lo único, pues, que estos primeros años fueron estableciendo los jesuítas eran modestas residencias, es decir tomaban casas que les ofrecían para su morada habitual y allí residían sustentados con las limosnas que les daban los ciudadanos. En esta forma hubo residencias en Santiago del Estero, en la Asunción, en Salta, en San Miguel de Tucumán y en Villarrica.

Imposible nos es explicar uno por uno los sucesos particulares y las aventuras apostólicas que fueron corriendo los PP. Ortega y Filds entre los pueblos del Paraguay. Indios buscados entre los bosques, caminos atravesados en medio de dificultades horribles, hambre y sed en jornadas por terrenos abandonados, trabajo molesto en la instrucción de indios rudos, resistencia en pecadores obstinados; todos estos pormenores que lleva consigo la vida apostólica, sobre todo en pueblos y países no muy cultivados por los ministros evangélicos, fueron experimentando en aquellos primeros años los PP. Ortega y Filds en la parte central y oriental de la actual República del Paraguay (2). Una peste que por entonces se declaró entre los indios y españoles, les dió ocasión de ejercitar mucho su caridad, administrando los sacramentos a los pobres enfermos y aliviando en cuanto podían, aunque podían bien poco, los trabajos corporales de los infelices apestados. Entre estas expediciones fué la más nombrada la que hicieron en las tierras del Guairá y en la nación de indios llamados Ibirayaras, donde hubieron de padecer grave peligro de muerte y no dejaron de recoger copioso fruto espiritual. Edificados los españoles de Villarrica del celo apostólico de ambos misioneros, les obligaron casi por fuerza a que aceptasen una modesta vivienda, la cual desde entonces se consideró como residencia de la misión, aunque poco tiempo se detenían allí los Padres, pues andaban en continuo movimiento en busca de indios a quienes convertir a la fe, y a quienes administrar el sacramento de la confesión.

Mientras de este modo hacían sus primeras armas en el Paraguay los tres misioneros venidos del Brasil, continuaban sus fatigas los PP. Angulo y Barzana en las regiones que habían ocupado del Tucumán. En 1588 el Gobernador Ramírez de Velasco llevóse al P. Barzana a una expedición importante. Había resuelto este Gobernador reducir totalmente a la obediencia a los indios calchaquies, los cuales

(1) *Peruana. Epist. Gen.*, I. A. Atienza, 28 Noviembre 1588.

(2) Puede consultar el lector los pormenores de esta excursión apostólica en el Padre Lozano (l. I, cc. 12-17).

habitaban un valle muy extenso paralelo a la cordillera de los Andes, y llevaban veintiocho años de inquietud y rebelión más o menos abierta contra los españoles. Reunió noventa y cinco soldados valientes y cuatrocientos indios amigos, y con este pequeño ejército entró en el valle en el mes de Marzo de 1588. En poco tiempo logró lo que deseaba, y, como él mismo escribía a Felipe II el 6 de Julio, el valle todo quedaba en paz y obediencia a Su Majestad y los indios perfectamente sumisos (1). El P. Barzana, aprovechando esta ocasión, discurrió por aquel valle y catequizó a muchos indios, y, como decía el Gobernador, fué su capellán en la jornada, y es un santo varón. Calculábase entonces que habría unos cincuenta mil indios calchaquies en toda la extensión del valle. Hubiera deseado el P. Barzana detenerse algo más, pero no le fué posible, y contentóse con bautizar a los que pudo convertir los tres o cuatro meses que allí se detuvo el Gobernador. Poco después repitió otra entrada, y consiguió más ventajas todavía que en la primera.

Entretanto, el P. Angulo, aunque salía de vez en cuando a misiones por los campos, se veía no poco embarazado por el cargo de Comisario del Santo Oficio, que le quitaba mucho tiempo y le obligaba a permanecer atado a Santiago del Estero y a tres o cuatro pueblos de españoles, los principales de la gobernación. Como no parecía posible desprenderse por entonces de aquel molesto cargo, propuso al Provincial del Perú que nombrase otro superior de la misión, quien pudiese entrar de lleno en los trabajos apostólicos e infundir más alientos en las empresas comenzadas. Respondiendo a estas observaciones, fueron enviados desde el Perú dos operarios: el P. Font, como superior de la misión, y el P. Pedro de Añasco. El primero es aquel hombre tan singular a quien ya dimos a conocer en la historia de la provincia del Perú. En este año 1590 no había manifestado todavía la extravagancia singular de su carácter, y pareció que podría servir para superior de aquellas misiones. El P. Pedro de Añasco era un operario evangélico de primer orden. Pocos le ganaban en humildad, obediencia y aplicación asidua al estudio de lenguas difíciles y en el espíritu de abnegación con que abrazaba las más rudas empresas. Fué una adquisición para la misión del Paraguay este buen P. Pedro de Añasco.

El P. Font dió algunas órdenes para la distribución de los misio-

(1) Arch. de Indias, 14-4-11. Véanse las dos cartas del Gobernador al Rey, la primera de 12 de Marzo de 1588 y la segunda del 6 de Julio.

neros, pero no alteró el estado general de las cosas. Pocas noticias tenemos acerca de su gobierno, y estamos reducidos a lo que nos refiere el P. Lozano sacándolo de las anuas de aquel tiempo (1). Sin embargo, de cierta carta del P. Cabredo se infiere que el P. Font debió cometer alguna indiscreción en admitir una nueva residencia donde no hacía falta, por lo cual a los tres años se creyó necesario relevarle del oficio y llamarle al Perú. Entretanto, los otros misioneros seguían impertérritos en las misiones comenzadas.

En estos años de 1590 a 1592 fueron muy notables las que dió el P. Barzana acompañado del P. Añasco a varios pueblos de indios diseminados en las vastas llanuras que se conocen con el nombre de Chaco. Hubieron de vencer la dificultad de algunos idiomas nuevos, que uno y otro misionero se aplicaron con la tenacidad que les distinguía a aprender, y aun a escribir arte y catecismo en ellos. Otro de los trabajos con que tropezaron y no se habían imaginado, fué una penalidad corporal que les afligió muchísimo. En aquellas inmensas llanuras del Chaco hay territorios donde escasea el agua potable. Pues mientras se afanaban los PP. Barzana y Añasco a lo largo del río Bermejo con los frontones y otros indios, hubieron de padecer varias veces gravísimas tribulaciones por la falta de agua, trabajando bajo un sol de fuego. Vamos a copiar un fragmento interesantísimo del P. Añasco, en que refiriendo las virtudes y trabajos de su compañero el P. Barzana, nos da sin querer una idea de lo que él mismo participaba en tan penosa cruz. Dirigiéndose al P. Provincial, le dice estas palabras:

«Nunca acabo de dar gracias a Dios Nuestro Señor y a V. R. por la grande merced que me hizo en enviarme a estas partes y en compañía de mi amantísimo P. Barzana, que puedo decir con mucha verdad, que aunque no vi al santísimo P. Francisco Javier en la India oriental, vi al P. Alonso de Barzana, viejo de sesenta y cinco años, sin diente ni muelas, con suma pobreza, con profundísima humildad, que no hay novicio de un día de religión que así se quiera sujetar, pidiendo parecer en cosas que le puede dar aventajadísimamente y le ha dado muchos años; haciéndose viejo con el indio viejo y con la vieja hecha tierra, sentándose por estos suelos para ganarlos para Cristo y con los caciques e indios particulares, muchachos y niños, con tanta ansia de llevarlos al Señor, que parece le revienta el cora-

(1) Véase el libro I de su *Historia* desde el cap. 18 en adelante.

zón, y de la mañana a la noche no pierde un momento ocioso. Su oración retirada desde antes de amanecer por esos campos, su continuo trabajo en macear con tantas lenguas tan diferentes, y sobre todo para llevar este trabajo, el mayor regalo que el santo viejo aquí tiene es una poca de harina de maíz tostada, la cual echada en agua es su bebida por vino y otros brevajes, que esta tierra no los tiene por ser muy nueva. Pues aun el agua que aquí se bebe es como un poco de lodo desleído, porque pozos ni arroyos ni fuentes en más de catorce leguas no se hallan, sino diez y ocho leguas de aquí, que de los bañados se forman unas lagunas y junto a ellas está fundada la Concepción. Mas en toda esta redonda no hay sino unos pozos o balsas hechas a mano para recoger el agua de las lluvias, y es tal, que para llevar con algún refrigerio los intolerables calores que hace, más es tomar una purga que bebida. Y esto lo pasa el santo viejo con tanto consuelo que no repara en estas incomodidades. A que se llega el poco mantenimiento o casi ninguno que se ha de tomar, porque por causa de la poca agua no se cría ganado y así el más ordinario sustento son hierbas, mazamoras y tortillas de harina de maíz, que pan no le hay, y algún pescado seco que traen acaso de la ciudad, y ello viene tal, que como no hay sal en toda esta tierra, es comer astillas, por ser el pez seco en brasas... Plega al Señor por su infinita bondad me dé luz para imitarle» (1).

Tales eran las penalidades que los PP. Barzana y Añasco padecieron en aquellas inmensas llanuras, tratando con pueblos como los frontones, natigas, magosnas, mataraes, etc., etc. Desde estas llanuras se encaminaron después a la ciudad de Corrientes, sitio importante ocupado desde muy antiguo por los españoles, cerca de la confluencia del Paraná y Paraguay. Aquí, como en población española y mejor surtida, pudieron descansar algún tanto de sus fatigas, aunque trabajando mucho con los españoles e indios vecinos. Por entonces ya empezaba a declinar la salud del P. Barzana, y en este tiempo que anduvo por el Chaco se le formaron cinco llagas en las piernas que le atormentaron constantemente hasta morir.

5. En 1593, no sabemos si por propia iniciativa o por alguna indicación de N. P. General, determinó el Provincial del Perú, P. Juan Sebastián, enviar un refuerzo a los misioneros del Paraguay. Había llegado de España en 1592 una lucida expedición de

(1) Copiada textualmente por Lozano, I. I, c. 20.

unos veinte operarios. Entre ellos fué escogido el P. Juan Romero para superior del Paraguay. Aunque sólo tenía treinta y cuatro años, su sólida ciencia, su madurez, gravedad y celo de las almas le hacían muy apto para el oficio de mandar a toda la misión. Y, en efecto, desempeñó este oficio con mucho acierto catorce años continuos, desde 1593 hasta que se estableció la provincia del Paraguay en 1607. Con el P. Juan Romero entraron en la misión tres hombres importantes: el P. Marcelo ó Marciel de Lorenzana, leonés, que había de dejar memoria imperecedera en nuestra historia del Paraguay, el P. Juan de Viana y el P. Gaspar de Monroy. A estos cuatro Padres añadió el Provincial del Perú, los Hermanos coadjutores Juan del Águila y Juan Toledano.

Hecho cargo de la misión y entendidos los principales puntos en que podía ejercitarse el celo de nuestros misioneros, los distribuyó el P. Juan Romero en esta forma: Al P. Pedro de Añasco, con el P. Monroy, envió a misionar en la tierra de los indios Omaguacuas, misión penosa, pero feliz, donde recogieron a manos llenas el fruto espiritual que deseaban. A los PP. Francisco de Angulo y Juan de Viana con el H. Villegas mandó que residiesen constantemente en Santiago del Estero, para que, fuera de ocuparse con los españoles avecindados en la ciudad, saliesen a cultivar los muchos indios que vivían en su comarca. Al P. Juan Saloni le mandó perseverar en la ciudad de la Asunción, para aprovechar con su industria a los ciudadanos, y envió al mismo punto al P. Marciel de Lorenzana con el H. Juan del Águila, para empezar sus trabajos apostólicos al lado de los Padres que habían venido del Brasil. El mismo P. Romero pocos meses después juzgó conveniente acercarse a la Asunción y establecer allí un domicilio estable que pudiera tener trazas de colegio.

En 1594, recordando, sin duda, los peligrosos conflictos que se habían padecido en el Perú en tiempo de D. Francisco de Toledo, por haber abierto casa sin licencia de la autoridad civil, pidió y obtuvo el P. Romero del Gobernador del Paraguay una licencia por escrito para abrir una casa en la Asunción (1). Como, por otra parte, le instaban en Santiago del Estero a que abriese alguna clase de gramática y de primeras letras, condescendió también con aquellos ciudadanos, y con aprobación del Provincial del Perú

(1) Véase en Lozano (I. II, c. 17) el texto de esta licencia, expedida en Córdoba el 28 de Enero 1594.